



Hasta que pasó lo del erizo, en mi casa nunca habíamos tenido muchos animales. Algún perro, un par de gatos, pájaros, una tortuga... Me parece recordar que un conejillo de Indias, poco más.

Bueno, también hubo mosquitos en las noches de verano, moscas de vez en cuando, alguna cucaracha que se colaba furtiva por la cocina, salamanquesas en la fachada («lagartijas», decía mi abuelo, «toda la vida se les ha llamado lagartijas»).

En fin, nada fuera de lo común.

Fue la llegada del erizo de tierra lo que marcó el inicio de todos los acontecimientos que terminaron por desbordar la capacidad de aquella casa en la que vivíamos y que a punto estuvieron de llevarme a la cárcel.

La llegada del erizo



Antes de conocer a Flipi, nos parecía que un erizo de tierra era un animal poco adecuado para vivir en un domicilio.

«¿Quién será capaz de tener un bicho de esos en una casa?», pensábamos cuando los veíamos en las tiendas de animales. Pero a Flipi no pudimos cerrarle la puerta de nuestra humilde morada por la manera en que llegó a ella. Nos lo trajo un vecino compungido en una noche de luna llena.

–Le he dado un golpe con el coche, pobre –nos dijo–. En vez de salir corriendo y

apartarse, cuando me ha visto venir se ha erizado y se ha quedado parado en medio de la carretera. Se le ve aturdido. Espero que no tenga nada grave. Yo salgo de viaje y no puedo atenderle, pero he pensado que a vosotros os deben gustar los animales y podríais haceros cargo de él —todo esto lo dijo en menos de medio minuto. Ese hombre hablaba a la velocidad del rayo.

Su coche estaba parado en medio de la calle y delante de él había una bola de pinchos. Mi hermana fue a casa y volvió con el bolso negro de mi madre, el nuevo. Con ayuda de un palo y mucho cuidado lo metimos en él y nos lo llevamos a casa. El vecino reemprendió la marcha dándonos las gracias a través de la ventanilla.

Los problemas empezaron cuando el erizo se negó a salir del bolso negro de mi madre, el nuevo. No había manera de ha-



cerle entrar en razón. Permanecía como una pelota redonda con la que nunca jugarías descalzo al fútbol. Si te atrevías a acercar la mano, él pegaba unos saltitos que hacían más amenazadoras sus púas.

—Mira, pega espertugás —dijo mi hermana refiriéndose a los saltitos. Entonces, la tortuga, que era bastante cotilla y algo sorda, acudió, a su ritmo. Lo hacía siempre que alguien decía alguna palabra que terminara en «uga» porque pensaba que hablaban de ella. Se llamaba Huga. Aunque, claro, a su velocidad, rara vez llegaba al lugar de los acontecimientos a tiempo de enterarse de algo. Eso le daba rabia, pero como era de gran corazón y buen carácter no tardaba en olvidar el incidente. Además, las tortugas, como todo el mundo sabe, son bastante olvidadizas. Pero tiempo habrá de hablar de la tortuga.

El caso es que el erizo permaneció erizado durante tres días con sus noches.

Llegamos a pensar que ese era su estado natural. Pero al cuarto día, la bola empezó a abrirse y de ella asomó una trompita que olisqueaba el aire, unos ojitos saltones que miraban con curiosidad el mundo nuevo que se abría ante ellos y aquellas manitas... Conquistó nuestro corazón y se quedó a vivir con nosotros. Siempre tuvo la puerta abierta a pesar del peligro que seguía representando para él la carretera. «La libertad siempre tiene sus riesgos», decía mi abuelo. Pero nunca quiso irse, prefería meterse en el bolso negro de mi madre, el nuevo, durante el día y pasar las noches buscando caracoles en el salón de casa. Mientras vivió con nosotros no hubo ni un caracol en el salón («antes tampoco», decía mi hermana).

Pensé en llamarle Felipe. Me parecía un nombre muy apropiado para un erizo.

Pero mi padre me dijo que no estaba bien que se llamara igual que un tío suyo y se quedó con Flipi.

Con el tiempo nos enteramos de que en realidad no era un erizo sino una eriza. Pero esa es ya otra historia.

La avalancha

Flipi fue el primer animal «poco doméstico» que llegó a casa, pero no el último. Cuando la gente se enteró de que habíamos dado cobijo al erizo, empezaron a regalarnos ejemplares de toda clase de animales. Al principio perros y gatos, pero con el tiempo, especies de todo tipo: un camello; un jabalí; una salamandra, que se quedó en la pared y apenas se distinguía entre el estampado del salón; una familia de mandriles; una cabra, que se pasaba el día en lo alto de la escalera con las cuatro patitas muy juntas; un gorila sordo; un mapache («¿apache?», preguntaba mi abuelo); y hasta un pulpo, que desapareció misteriosamente en la cocina.

Al final decidimos no admitir más animales y la gente dejó de regalárnoslos,

pero se buscó otras tretas: los dejaban en la puerta de casa, llamaban al timbre y se iban corriendo. Así llegaron la cebra; el rebaño de ovejas; una chinchilla, que venía de Montearagón; la rana arborícola; una docena de avestruces; las marmotas; la mofeta, que siempre estaba lejos (o quizá fuéramos nosotros quienes nos apartábamos); la pareja de ciervos; la jirafa; y la zarigüeya («¿zari qué?», decía mi abuelo).

Dejamos de abrir la puerta para que no se nos colaran más animales. Empezaron a echárnoslos por la ventana. Ese fue el caso del burro; de la liebre, que hizo madriguera dentro del sillón; de la vaca; del oso pardo; y del equidna («¿Equi qué?», decía mi abuelo, «¡Menudo bicho raro!»).

Bueno, y no cuento las palomas que llegaron volando por su propia voluntad, lo mismo que el búho real, el águila





imperial, el buitre leonado y las cigüeñas blancas.

La verdad es que la abundancia de animales llegó a cambiar nuestros hábitos cotidianos. No solo porque había que salir de casa con cuidado para no tropezar con, qué se yo, una nutria, un koala o un buey que hubieran dejado en la puerta. Ni porque acercarse a la ventana fuera peligroso, te podía caer encima un burro o un armadillo. Ni siquiera porque hubiera que mirar muy bien antes de dar un paso o de sentarte. Me refiero a lo que pasaba cada noche con las cigüeñas, el erizo, las termitas y mi abuelo.